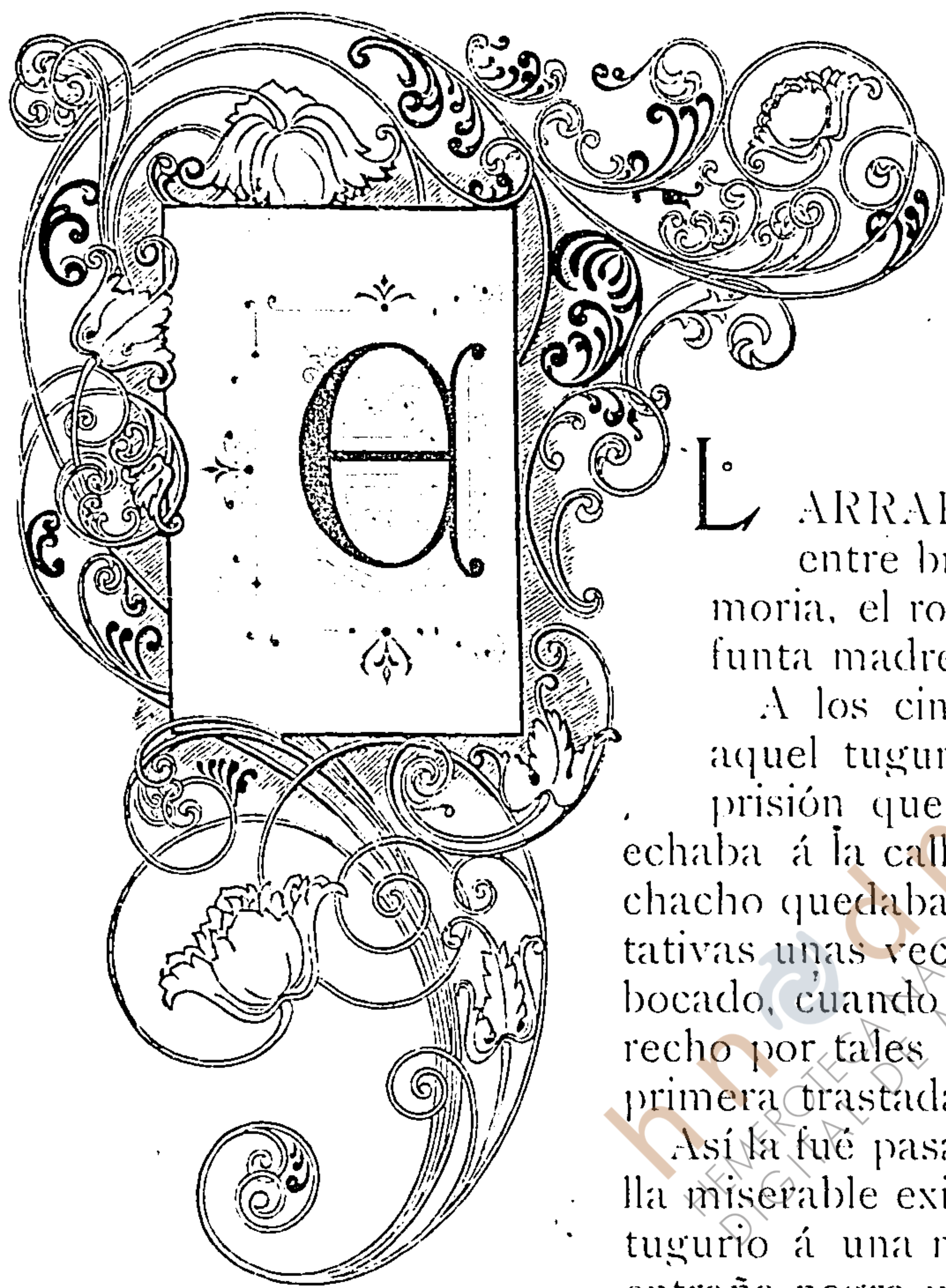


# CONTRA EL SÉPTIMO.....

Para "DON QUIJOTE."



**L**ARRAPIEZO muy débilmente recordaba, entre brumas y claros de su pobrísima memoria, el rostro sufrido y cadavérico de su difunta madre.

A los cinco años quedó huérfano, solo en aquel tugurio que le servía más de horrenda prisión que de cómoda vivienda; su padre se echaba á la calle bien temprano, y el mísero muchacho quedaba á merced de las vecinas que, caritativas unas veces, hurañas otras, le daban ya un bocado, cuando una pitanza, para al cabo tener derecho por tales regalos á zurrarle de lo lindo á la primera trastada.

Así la fué pasando entre las alternativas de aquella miserable existencia, hasta que su padre trajo al tugurio á una mujer de no malos bigotes, pero de entraña negra y mano airada.

El hijastro sufrió la pena amarga con la nueva compañera de su insensible padre; golpes, abstinencias, reprimendas y reclusiones eran el patrimonio del muchacho en la nueva vida, que se le antojaba regalada y dulce al hombrazo que Manolo (así se llamaba el huérfano) tenía por autor de sus tristes y desolados días.

De leer, apenas si aprendió los Cristos con la vieja vecina; de escribir, nunca supo ni pizca; de cuentas, acaso si contaba hasta veinte con el auxilio de los dedos y con dos repasos de las manos, comenzando por el índice y terminando por el pulgar; en lo físico, la miseria constante, el hambre diaria y el ayuno completo le tenían en los puros huesos, y el raquitismo, con los alifafes de las escrófulas en el enteco cuello, la palidez del rostro enjuto y la flacura de piernas y brazos fueron dejando costurones en el pescuezo, flacidez en las piernas y torpeza en los brazos, por donde el muchacho no servía para maldita la cosa, con lo cual se le tuvo siempre como un estorbo para aquella pareja que hizo del tugurio, antes rústico y asqueroso, un habitable albergue.

Por todas estas cosas, que convertían al huérfano en una rémora, creció la saña de la mujer del padre de Manolo, y, por ello, el hijastro fué maltratado más de la cuenta, y sólo comía cuando algo quedaba de los regodeos de aquellos vulgares amantes; muerto de hambre, seco de sed, iba de casa en casa pidiendo un hueso que roer, ansiando agua que beber y buscando un rincón donde encontrar refugio contra la mano airada de la furiosa mujer, que no se tomaba punto de reposo en eso de golpear con fiereza y castigar con rigores, tras repetidos ¡toma, toma! que arrancaban gritos desaforados con túrdigas y lágrimas.